



## LAS MODAS

### I

**S**IEMPRE la moda fué de la moda. Quiero decir que siempre el mundo fué inclinado á los nuevos usos. Esto lo lleva de suyo la misma naturaleza. Todo lo viejo fastidia. El tiempo todo lo destruye. Á lo que no quita la vida, quita la gracia. Aun las cosas insensibles tienen, como las mujeres, vinculada su hermosura á la primera edad, y todo donaire pierden al salir de la juventud; por lo menos así se representa á nuestros sentidos, aun cuando no hay inmutación alguna en los objetos.

*Est quoque cunctarum novitas gratissima rerum.*

Piensen algunos que la variación de las modas depende de que sucesivamente se va refinando más el gusto, ó la inventiva de los hombres cada día es más delicada. Notable engaño!

No agrada la moda nueva por mejor, sino por nueva. Aun dije demasiado. No agrada porque es nueva, sino porque se juzga que lo es, y por lo común se juzga mal. Los modos de vestir de hoy, que llamamos nuevos, por la mayor parte son antiquísimos. Aquel linaje de anticuarios, que llaman medallistas (estudio que en las naciones también es de la moda), han hallado en las medallas, que las antiguas emperatrices tenían los mismos modos de vestidos y tocados que, como novísimos, usan las damas en estos tiempos. De los fontanges que se juzgan invención de este tiempo próximo, se hallan claras señas en algunos poetas antiguos. Juvenal, sátira 6:

*Tot premit ordinibus, tot adhuc compagibus altum  
Edificat caput.*

Stacio, silva 2.<sup>a</sup>:

*Celsæ procul aspice frontis honores,  
Sugestumque comæ.*

De modo que el sueño del año magno de Platón, en cuanto á las modas se hizo realidad. Decía aquel filósofo que, pasado un gran número de años, restituyéndose á la misma positura los luminares celestes, se haría una regeneración universal de todas las cosas; que nacerían de nuevo los mismos hombres, los mismos brutos, las mismas plantas, y aun repetiría la fortuna los mismos sucesos. Si lo hubiera limitado á las modas, no fuera sueño, sino profecía. Hoy renace el uso mismo que veinte siglos há espiró. Nuestros mayores le vieron decrepito, y nosotros le logramos niño. Enterróle entonces el fastidio, y hoy le resucita el antojo (1).

## II

Pero aunque en todos tiempos reinó la moda, está sobre muy distinto pié en este que en los pasados su imperio. An-

(1) Hubo también entre las romanas el uso de los rodetes en la misma forma que hoy se practican, como se puede ver en nuestro Montfaucon, tomo III de la *Antigüedad explicada*, libro I, capítulo XIV, en la segunda lámina que se sigue á esta página, y en el mismo tomo, libro II, capítulo II, se lee que usaban también de agujas, ya de oro, ya de plata, ya de otros metales inferiores, según el caudal de cada una, en el pelo; á quienes, por tanto, llamaban *acus crinales*.

tes el gusto mandaba en la moda, ahora la moda manda en el gusto. Ya no se deja un modo de vestir porque fastidia, ni porque el nuevo parece, ó más conveniente, ó más airoso. Aunque aquel sea y parezca mejor, se deja porque así lo manda la moda. Antes se atendía á la mejoría, aunque fuese sólo imaginada, ó por lo menos un nuevo uso, por ser nuevo, agradaba, y hecho agradable, se admitía; ahora, aun cuando no agrade, se admite sólo por ser nuevo. Malo sería que fuese tan inconstante el gusto; pero peor es que sin interesarse el gusto haya tanta inconstancia.

De suerte que la moda se ha hecho un dueño tirano, y sobre tirano, importuno, que cada día pone nuevas leyes para sacar cada día nuevos tributos; pues cada nuevo uso que introduce es un nuevo impuesto sobre las haciendas. No se trajo cuatro días el vestido, cuando es preciso arrimarle como inútil, y sin estar usado, se ha de condenar como viejo. Nunca se menudearon tanto las modas como ahora, ni con mucho. Antes la nueva invención esperaba que los hombres se disgustasen de la antecedente, y á que gustasen lo que se había arreglado á ella. Atendíase al gusto y se excusaba el gasto: ahora todo se atropella. Se aumenta infinito el gasto, aun sin contemplar el gusto.

Monsieur Henrión, célebre medallista de la academia real de las Inscripciones de París, por el cotejo de las medallas halló que en estos tiempos se reprodujeron en menos de cuarenta años todos los géneros de tocados que la antigüedad inventó en la sucesión de muchos siglos. No sucede esto porque los antiguos fuesen menos inventivos que nosotros, sino porque nosotros somos más extravagantes que los antiguos.

Ya há muchos días que se escribió el chiste de un loco que andaba desnudo por las calles con una pieza de paño al hombro, y cuando le preguntaban por qué no se vestía, ya que tenía paño, respondía, que esperaba ver en qué paraban las modas, porque no quería malograr el paño en un vestido, que dentro de poco tiempo, por venir nueva moda, no le sirviese. Leí este chiste en un libro italiano impreso cien años há. Desde aquel tiempo al nuestro se ha acelerado tanto el rápido movimiento de las modas, que lo que entonces se celebró como graciosa extravagancia de un loco, hoy pudiera pasar por madura reflexión de un hombre cuerdo.

## III

Francia es el móvil de modas. De Francia lo es París, y de París un francés ó una francesa, aquel ó aquella á quien primero ocurrió la nueva invención. Rara traza, y más eficaz sin duda que aquella de que se jactaba Arquímedes, se halló para que un particular moviese toda la tierra. Los franceses, en cuya composición, según la confesión de un autor suyo, entra por quinto elemento la ligereza, con este arbitrio influyeron en todas las demás naciones su inconstancia, y en todas establecieron una nueva especie de monarquía. Ellos mismos se felicitan sobre este asunto; para lo cual será bien se vea lo que en orden á él razona el discreto Carlos de San Denis, conocido comunmente por el nombre ó título de *señor de San Evremont*.

«No hay país, dice este autor, donde haya menos uso de la razón que en Francia, aunque es verdad que en ninguna parte es más pura que aquella poca que se halla entre nosotros. Comunmente todo es fantasía; pero una fantasía tan bella y un capricho tan noble en lo que mira al exterior, que los extranjeros, avergonzados de su buen juicio, como de una calidad grosera, procuran hacerse espectables por la imitación de nuestras modas, y renuncian á cualidades esenciales por afectar un aire y unas maneras que casi no es posible que les asienten. Así, esta eterna mudanza de muebles y hábitos que se nos culpa, y que no obstante se imita, viene á ser, sin que se piense en ello, una gran providencia; porque además del infinito dinero que sacamos por este camino, es un interés más sólido de lo que se cree el tener franceses esparcidos por todas las cortes, los cuales forman el exterior de todos los pueblos en el modelo del nuestro, que dan principio á nuestra dominación, sujetando sus ojos adonde el corazón se opone aún á nuestras leyes, y ganan los sentidos en favor de nuestro imperio adonde los sentimientos están aún de parte de la libertad.»

Ahí es nada, á vista de esto, el mal que nos hacen los franceses con sus modas: cegar nuestro buen juicio con su extravagancia, sacarnos con sus invenciones infinito dinero, triunfar como dueños sobre nuestra deferencia, haciéndonos vasallos de su capricho, y en fin, reirse de nosotros como de unos monos ridículos, que queriendo imitarlos, no acertamos con ello.

En cuanto á que las modas francesas tengan alguna particular nobleza y hermosura, pienso que no basta para creerlo el decirlo un autor apasionado. Las cotillas vinieron de Francia, y en una porción, la más desabrida de las montañas de León, que llaman la tierra de los Arguellos, las usan de tiempo inmemorial aquellas serranas, que parecen más fieras que mujeres. No creo que sus mayores, que las introdujeron, tenían muy delicado el gusto. Si una mujer de aquella tierra pareciese en Madrid antes de venir de Francia esta moda, sería la risa de todo el pueblo; con que el venir de Francia es lo que le da todo el precio. Cada uno hará el juicio conforme á su genio. Lo que por mí puedo decir es, que casi todas las modas nuevas me dan en rostro, exceptuando aquellas que, ó cercenan gasto, ó añaden decencia.

## IV

Las mujeres, que tanto ansían parecer bien, con la frecuente admisión de nuevas modas, lo más del tiempo parecen mal. Esto en la moral trae una gran conveniencia. Aunque lo nuevo place, pero no en los primeros días. Aun el que tiene más voltario el gusto ha menester dejar pasar algún tiempo, para que la extrañez de la moda se vaya haciendo tratable á la vista. Como la novedad de manjares al principio no hace buen estómago, lo mismo sucede en los demás sentidos respecto de sus objetos. Por más que se diga que agradan las cosas forasteras, cuando llegan á agradar ya están domesticadas. Es preciso que el trato gaste algún tiempo en sobornar

el gusto. La alma no borra en un momento las agradables impresiones que tenía admitidas, y hasta borrar aquellas, todas las impresiones opuestas le son desagradables.

De aquí viene que al principio parecen mal todas, ó casi todas las modas, y como la vista no es precisiva, las mujeres que las usan pierden, respecto de los ojos, mucho del agrado que tenían. ¿Qué sucede, pues? Que cuando con el tiempo acaba de familiarizarse al gusto aquella moda, viene otra moda nueva, que tampoco al principio es del gusto; y de este modo, es poquísimo el tiempo en que logran el atractivo del adorno, ó por mejor decir, en que el adorno no les quita mucho del atractivo.

Yo me figuro que en aquel tiempo que las damas empezaron á emblanquecer el pelo con polvos, todas hacían representación de viejas. Se me hace muy verisímil que alguna vieja de mucha autoridad inventó aquella moda para ocultar su edad, pues pareciendo todas canas, no se distingue en quién es natural ó artificial la blancura del cabello; traza poco desemejante á la de la zorra de Esopo, que habiendo perdido la cola en cierta infeliz empresa, persuadía á las demás zorras que se la quitasen también, fingiéndoles en ello conveniencia y hermosura. Viene literalmente á estas, que pierden la representación de la juventud, dando á su cabello, con polvos comprados, las señas de la vejez, lo que decía Propercio á su Cintia:

*Naturaque decus mercato perdere cultu.*

¿Qué diré de otras muchas modas, por varios caminos incómodas? Como con los polvos se hizo parecer á las mujeres canas, con lo tirante del pelo se hicieron infinitas efectivamente calvas. Hemos visto los brazos puestos en mísera prisión, hasta hacer las manos incomunicables con la cabeza, los hombros desquiciados de su propio sitio, los talles estrujados en una rigurosa tortura. Y todo esto por qué? Porque viene de Francia á Madrid la noticia de que esta es la moda.

No hay hombre de seso que no se ría cuando lee en Plutarco que los amigos y áulicos de Alejandro afectaban inclinar la cabeza sobre el hombro izquierdo, porque aquel príncipe era hecho de ese modo; mucho más se lee en Diodoro Siculo, que los cortesanos del rey de Etiopía se desfiguraban,

para imitar las deformidades de su soberano, hasta hacerse tuertos, cojos ó mancos, si el rey era tuerto, manco ó cojo. Mas al fin, aquellos hombres tenían el interés de captar la gracia del príncipe con este obsequio, y si cada día vemos que los cortesanos adelantan la lisonja hasta sacrificar el alma, ¿qué extrañaremos el sacrificio de un ojo, de una mano ó de un pié? Pero en la imitación de las modas que reinan en estos tiempos padecen las pobres mujeres el martirio, sin que nadie se lo reciba por obsequio. ¿No es más irrisible extravagancia esta que aquella?

## V

Aun fuera tolerable la moda si se contuviese en las cosas que pertenecen al adorno exterior; pero esta señora há mucho tiempo que salió de estas márgenes, y á todo ha extendido su imperio. Es moda andar de esta ó aquella manera, tener el cuerpo en esta ó aquella positura, comer así ó asado, hablar alto ó bajo, usar de estas ó aquellas voces, tomar el chocolate frío ó caliente, hacer esta ó aquella materia de la conversación. Hasta el aplicarse á adquirir el conocimiento de esta ó aquella materia se ha hecho cosa de moda.

El abad de la Mota, en su diario de 8 de Marzo del año de 1686, dice que en aquel tiempo había cogido grande vuelo entre las damas francesas la aplicación á las matemáticas. Esto se había hecho moda. Ya no se hablaba en los estrados cosa de galantería. No sonaba otra cosa en ellos que problemas, teoremas, ángulos, romboides, pentágonos, trapecias, etc. El pobre pisaverde que se metía en un estrado, fiado en cuatro cláusulas amatorias, cuya formación le había costado no poco desvelo, se hallaba corrido, porque se veía precisado á enmudecer y á no entender palabra de lo que se hablaba. Un matemático viejo, calvo y derrengado era más bien oído de las damas que el joven más galán de la corte.

El mismo autor cuenta de una, que proponiéndola un casa-

miento muy bueno, puso por condición inexcusable que el pretendiente aprendiese á hacer telescopios; y de otra que no quiso admitir por consorte á un caballero de bellas prendas, sólo porque dentro de un plazo que le había señalado no había discurrido algo de nuevo sobre la cuadratura del círculo. Creo que no lo miraban mal, una vez que no se resolviesen á abandonar este estudio; pues habiéndose casado otra de estas damas matemáticas con un caballero que no tenía la misma inclinación, le salió muy costoso su poco reparo. Fué el caso, que no pudiendo el marido sufrir que la mujer se estuviese todas las noches examinando el cielo con el telescopio, ni quitarle esta manía, se separó de ella para siempre. Otros acaso querrían que sus mujeres no comerciases sino con las estrellas. No sé si aún dura esta moda en Francia; pero estoy cierto de que nunca entrará en España. Acá, ni hombres ni mujeres quieren otra geometría que la que há menester el sastre para tomar bien la medida.

La mayor tiranía de la moda es haberse introducido en los términos de la naturaleza, la cual por todo derecho debiera estar exenta de su dominio. El color del rostro, la simetría de las facciones, la configuración de los miembros experimentan inconstante el gusto, como los vestidos. Celebraba uno por grandes y negros los ojos de cierta dama; pero otra que estaba presente, y acaso los tenía azules, le replicó con enfado: «Ya no se usan ojos negros.» Tiempo hubo en que eran de la moda en los hombres las piernas muy carnosas; después se usaron las descarnadas; y así se vieron pasar de hidrópicas á éticas. Oí decir que los años pasados eran de la moda las mujeres descoloridas, y que algunas, por no faltar á la moda, ó por otro peor fin, á fuerza de sangrías se despojaban de sus nativos colores. Desdicha sería si con tanta sangría no se curase la inflamación interna, que en algunas habría sido el motivo de echar mano de este remedio. Y también era desdicha que los hombres hiciesen veneno de la triaca, malogrando en estragos de la vida el color pálido, que debieran aprovechar en recuerdos de la muerte.

¿Quién creerá que hubo siglo y aun siglos en que se celebró como perfección de las mujeres el ser cejijuntas? Pues es cosa de hecho. Consta de Anacreón, que elogiaba en su dama esta ventaja, Teócrito, Petronio y otros antiguos. Y Ovidio testi-

fica que en su tiempo las mujeres se teñían el intermedio de las cejas para parecer cejijuntas: *Arte supercillii confinia nuda repletis*. Tan del gusto de los hombres hallaban esta circunstancia (1).

## VI

Acabo de decir que la mayor tiranía de la moda es haberse introducido en los términos de la naturaleza, y ya hallo motivo para retractarme. No es eso lo más, sino que también extendió su jurisdicción al imperio de la gracia. La devoción es una de las cosas en que más entra la moda. Hay oraciones de la moda, libros espirituales de la moda, ejercicios de la moda, y aun hay para la invocación santos de la moda. Verdaderamente que es la moda la más contagiosa de todas las enfermedades, porque á todo se pega. Todo quiere esta señora que sea nuevo flamante, y parece que todos los días repite desde su trono aquella voz que san Juan oyó en otro más soberano: *Ecce nova facio omnia*; «Todas las cosas renuevo.» Las oraciones han de ser nuevas, para cuyo efecto se ha in-

(1) Madama de Longe Pierre, que tradujo á Anacreón en verso francés, prueba con pasajes de Horacio, Luciano y Petronio, que hubo tiempo en que las frentes pequeñas de las mujeres eran de el gusto de los hombres, y circunstancia apreciable de la hermosura.

Esta variedad de gusto se nota más fácilmente en diferentes naciones, que en diferentes siglos. Los abisinios aprecian las narices rebajadas ó con poquísima prominencia. Los persas las corvas ó aguileñas, porque así, dicen, era la de Ciro. Los de el Brasil machacan la punta de la nariz á los infantes. Entre los de Siam se tiene por deformidad la blancura de los dientes, y los tiñen de negro ó encarnado. En Guinea, taladrando el labio inferior á las niñas, procuran engrosarle y derribarle, lo que tienen por gran belleza. La idea de la hermosura en la China es cuerpo pesado, vientre crecido, frente ancha, ojos y piés pequeños, pequeña nariz, grandes orejas. Los de Mississippi componen á los niños la cabeza en punta. Y en parte de este principado de Asturias les allanan la parte posterior.

De lo dicho se infiere que lo que llamamos *belleza* depende en gran parte de nuestra imaginación, y lo más notable es, que la imaginación de muchos suele provenir de la imaginación de uno solo; esto es, de aquel que por capricho ó antojo fué autor de la moda.

roducido y extendido tanto entre la gente de corte el uso de las *Horas*. Pienso que ya se desdennan de tener el rosario en la mano, y de rezar la sacratísima oración del Padre nuestro y la salutación angélica, como si todos los hombres, ni aun todos los ángeles, fuesen capaces de hacer oración alguna que igualase á aquella, que el Redentor mismo nos enseñó como la más útil de todas. Los libros espirituales han de ser nuevos, y ya las incomparables obras de aquellos grandes maestros de espíritu de los tiempos pasados son despreciadas como trastos viejos. En los ejercicios espirituales cada día hay novedades, no sólo atemperadas á la necesidad de los penitentes, mas también tal vez al genio de los directores. Los santos de devoción tampoco han de ser de los antiguos. Apenas hay quien en sus necesidades invoque á san Pedro ni á san Pablo, ú otro alguno de los apóstoles, sino es que el lugar ó parroquia donde se vive le tenga por tutelar suyo. Pues en verdad que por lo menos tanto pueden con Dios como cuantos santos fueron canonizados de tres ó cuatro siglos á esta parte. Es verdad que el gloriosísimo san Josef, aunque tan antiguo, es exceptuado; pero esto depende de que, aunque es antiguo en cuanto al tiempo en que vivió, es nuevo en cuanto al culto. Con que sólo la devoción de María está exenta de las novedades de la moda.

En nada parece que es tan irracional la moda, ó la mudanza de moda, como en materias de virtud. Las demás cosas, como ordenadas á nuestro deleite, no siguen otra regla que la misma irregularidad de nuestro antojo; y así, variándose el apetito, es preciso se varíe el objeto; pero como la virtud debe ser y es al gusto de Dios (si no, no fuera virtud), y Dios no padece mudanza alguna en el gusto, tampoco debiera haberla de parte del obsequio.

No obstante, yo soy de tan diferente sentir, que antes juzgo que en nada es tan útil la mudanza de moda (ó llamémosla con voz más propia y más decorosa, modo) que en las cosas pertenecientes á la vida espiritual. Esta variedad se hizo como precisa en suposición de nuestra complexión viciosa. La devoción es tediosa y desabrida á nuestra naturaleza. Por tanto, como al enfermo que tiene el gusto estragado, aunque se le haya de ministrar la misma especie de manjar, se debe variar el condimento; asimismo la depravación de nuestro apetito

pide que las cosas espirituales, salvando siempre la substancia, se nos guisen con alguna diferencia en el modo.

Esta consideración autoriza como útiles los nuevos libros espirituales que salen á luz, como sean nuevos en cuanto al estilo. No hay que pensar que algún autor moderno nos ha de mostrar algún camino del cielo distinto de aquel cuyo itinerario nos pusieron por extenso los santos padres y los hombres sabios de los pasados siglos. Pero reformar el estilo anticuado, que ya no podemos leer sin desabrimiento, es quitar á ese camino parte de las asperezas que tiene; y el que supiere proponer las antiguas doctrinas con dulces, gratas y suaves voces, se puede decir que templó la aspereza de la senda con la amenidad del estilo.

No sólo en esta materia, en todas las demás la razón de la utilidad debe ser la regla de la moda. No apruebo aquellos genios tan parciales de los pasados siglos, que siempre se ponen de parte de las antiguallas. En todas las cosas el medio es el punto central de la razón. Tan contra ella, y acaso más, es aborrecer todas las modas, que abrazarlas todas. Recíbese la que fuere útil y honesta. Condénese la que no trajere otra recomendación que la novedad. ¿Á qué propósito (pongo por ejemplo) traernos á la memoria con dolor los antiguos bigotes españoles, como si hubiéramos perdido tres ó cuatro provincias en dejar los mostachos? ¿Qué conexión tiene, ni con la honra, ni con la religión, ni con la conveniencia, el bigote al ojo, de quien no pueden acordarse, sin dar un gran gemido, algunos ancianos de este tiempo, como si estuviese pendiente toda nuestra fortuna de aquella deformidad?

Lo mismo digo de las golillas. Los extranjeros tentaron á librar de tan molesta estrechez de vestido á los españoles, y lo llevaron éstos tan mal, como si al tiempo que les redimían el cuerpo de aquellas prisiones, les pusiesen el alma en cadenas.

Lo que es sumamente reprehensible es, que se haya introducido en los hombres el cuidado del afeite, propio hasta ahora privativamente de las mujeres. Oigo decir que ya los cortesanos tienen tocador, y pierden tanto tiempo en él como las damas. Oh escándalo! oh abominación! oh bajeza! Fatales son los españoles. De todos modos perdemos en el comercio con los extranjeros; pero sobre todo en el tráfico de cos-

tumbres. Tomamos de ellos las malas, y dejamos las buenas. Todas sus enfermedades morales son contagiosas respecto de nosotros. ¡Oh si hubiese en la raya del reino quien descaminase estos géneros vedados (1)!

(1) El estudioso afeite y pulimento de los hombres, no sólo los hace ridículos y contentibles, mas también sospechosos. De mi dictamen, las mujeres honestas deben huir su trato ó tratarlos por lo menos con suma cautela. Oigan á Ovidio, que entendía bien estas materias:

*Sed vitate viros cultum, formamque professos,  
Quique suas ponunt in statione comas.*



## SABIDURÍA APARENTE

### I .

**T**IENE la ciencia sus hipócritas no menos que la virtud, y no menos es engañado el vulgo por aquellos que por estos. Son muchos los indoctos que pasan plaza de sabios. Esta equivocación es un copioso origen de errores, ya particulares, ya comunes. En esta región que habitamos, tanto imperio tiene la aprehensión como la verdad. Hay hombres muy diestros en hacer el papel de doctos en el teatro del mundo, en quienes la leve tintura de las letras sirve de color para figurar altas doctrinas; y cuando llega á parecer original la copia, no hace menos impresión en los ánimos la copia que el original. Si el que pinta es un Zeuxis, volarán las avecillas incautas á las uvas pintadas como á las verdaderas.

Así Arnaldo Brixense, en el siglo undécimo, hombre de cortas letras, hizo harto daño en Brixia, su patria, y aun en